

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 104

Proclama del virrey, manifestando lo infundado de los pretextos alegados por los jefes de la insurrección, y la conducta observada en España al ser invadida por los franceses

MANIFIESTO DE SU VIRREY A LA NUEVA ESPAÑA

Entre las imposturas y falsedades de que se ha valido el cura Hidalgo para alucinar al pueblo, extraviar su opinión, decidirlo a su partido y hacerlo instrumento inocente de sus inicuas miras y proyectos ambiciosos; ha sido una de las más principales el extender por él y por medio de sus agentes en todo este reino la infundada y alarmadora voz de que el gobierno actual aspiraba entregar estos países a las naciones francesa e inglesa. Conocía muy bien aquel malvado que vuestra aversión a toda dominación extranjera, vuestro amor a la religión santa que profesamos, y vuestro apego a los usos y costumbres que habéis imitado de vuestros mayores, os harían mirar con aborrecimiento un proyecto que sujetándoos a una nación extraña y separada de nuestra santa madre la Iglesia os privase del goce de todas aquellas ventajas. El cura Hidalgo reconocía en vosotros estos honrados y loables principios, y sobre ellos y vuestra credulidad fiaba el éxito de la empresa más injusta e inhumana.

La arbitrariedad y ningún fundamento de aquellas maliciosas voces deberían haber sido un dique que contuviese su propagación; y la contradicción de este desconcertado proyecto con la conducta que hace dos años y medio observa la nación, es un motivo sobradamente suficiente para mirarlo como disparatado por todas las personas en quienes haya rayado la luz de la razón. A pesar de esto las referidas especies se han extendido demasiado, han sido adoptadas sin reflexión, y se han convertido en instrumentos de seducción, no siendo la primera vez que la astucia y la malicia han prevalecido sobre la

verdad y la inocencia.

Deseoso de desimpresionaros de tan falsas y nocivas ideas, conociendo la utilidad de fijar vuestra opinión en un asunto de tanta importancia, y creyendo indispensable advertiros de la resolución e intenciones del supremo gobierno y mías, para que podáis precaveros de las voces y especies insidiosas con que intentan alarmaros y seduciros el cura Hidalgo y sus satélites; oíd la voz de la verdad, que a la faz de esta Nueva España, de la América entera y de todo el mundo pronuncia vuestro virrey.

Desde que la nación española formó la heroica resolución de resistir la voraz ambición del tirano de la Europa, que en el delirio de su orgullo contaba ya ligarla al fatal carro de sus triunfos, previó la enormidad de trabajos y sacrificios que había de costarle lo arduo de su gloriosa empresa. La experiencia ha acreditado la exactitud de su previsión, y aún pudiera decirse que la ha excedido, siendo incalculables los males con que la Divina Providencia se ha dignado afligirla. Sin embargo, consecuente siempre a su firme resolución; inalterable en los principios que se ha propuesto seguir; y sobre todo fiel al juramento con que se ha ligado en presencia de Dios y del mundo de no dejar las armas hasta asegurar su libertad o independencia; la hemos visto siempre oponer la más terrible resistencia a sus opresores, sin que las desgracias que han experimentado los ejércitos, ni los inmensos sacrificios de todos sus habitantes hayan sido suficientes a separarla de su heroica determinación. Mil veces han creído nuestros enemigos tener ya en su mano la codiciada presa, y otras tantas se han mirado burlados, viendo brotar de las reliquias de los ejércitos vencidos y derrotados, otros nuevos más empeñados y más animosos que no les dejan gozar del fruto de sus victorias, y que con su valor y su constancia les pronostican el término que debe tener una lucha en que pelean por una parte el pundonor y la justicia, y por la otra la ambición y la iniquidad.

La conducta, pues, que ha observado la España desde el principio de la presente guerra, es una prueba la más convincente de que jamás ha intentado, ni nunca puede concebir el monstruoso proyecto de entregar estos países a la dominación francesa. ¿Cabe por ventura en la razón humana el que una nación que hace dos años y medio lucha con un enemigo tan terrible, que ha sufrido unos sacrificios que sólo puede comprenderlos el que los haya visto o experimentado, y que sólo se sostiene a fuerza de su pundonor y fidelidad había de manchar ahora su acrisolada reputación con un acto tan vil que sin producirle ventaja alguna encadenase a estos súbditos con los hierros de la esclavitud del mismo enemigo que detesta y con quien combate? Para venir a parar a un punto tan degradante no hubiera la España derramado tanta sangre de sus habitantes, no hubiera dado lugar a la destrucción de sus pueblos, y hubiera evitado la aniquilación de sus fértiles campos y riqueza. Parece, pues, que mientras la nación continúe derramando su sangre para oponerse a la invasión de los franceses no cabe en la cabeza menos bien organizada el pensar que se intente entregarles estas posesiones.

Por lo que respecta a la Inglaterra es otro disparate tan despreciable como el primero, y es hacer la más escandalosa injusticia, a una nación que con tanta generosidad ha socorrido a la España en su actual lucha, y que se ha obligado solemnemente por su último tratado de alianza a no hacer paz sin acuerdo de nuestro gobierno, y a garantizar la integridad de toda la monarquía española. ¿Y podrá creerse que aquella nación había de faltar tan descaradamente a la observancia de los tratados, invadiendo u ocupando una posesión tan importante de su aliada, de la única aliada con quien cuenta para poner un término a la dominación universal a que aspira el tirano?

Son tan claras estas razones y tan ridículas por consiguiente las intenciones que se suponen de entregar este reino a una de las dos referidas naciones que nadie puede

inquietarse por ellas de buena fe, y sólo pudo echar mano de este resorte el cura Hidalgo, haciéndoos la injusticia de contar con una malignidad o ignorancia muy ajenas de la mayoría de los habitantes de Nueva España.

Si necesitaseis aún de más pruebas para convenceros plenamente de aquella verdad, preguntad a los que difunden semejantes voces, que de dónde han tenido la noticia, a quién lo han oído decir, y últimamente que presenten un solo documento que pueda inspirar un recelo justo y racional de la supuesta entrega. Abrid, pues, los ojos americanos españoles, no os dejéis alucinar por esos seductores que sólo intentan sumergeros en los espantosos males revolucionarios para aprovecharse ellos de la confusión y el desorden, y fabricarse una fortuna que nunca podrían conseguir por el camino del mérito y de la justicia. ¿Qué confianza puedo inspiraros un hombre como el cura Hidalgo, excomulgado públicamente y declarado hereje y cismático por el santo Tribunal de la fe? ¿Qué ideas de rectitud y qué deseos del bien general podréis atribuir a unos hombres como Allende y Aldama, cuyos vicios, inmoralidad y perversa conducta son tan notorias? La autoridad de estos hombres inicuos y despreciables será en vuestro concepto preferible a la del muy reverendo arzobispo de esta santa Iglesia, y de los demás reverendos obispos de Nueva España que por medio de sus sabias y cristianas exhortaciones pastorales, os han denunciado a aquellos jefes de insurgentes como perturbadores del bien público, como enemigos de Dios y de los hombres, y por último como acreedores por sus crímenes y atentados al odio y execración de todos los hombres de bien? Los más respetables cuerpos literarios de esta capital y muchos sabios y celosos particulares ¿no han apoyado con los discursos que han publicado aquellas mismas ideas, exhortándoos al orden y a la sumisión a las autoridades legítimamente constituidas, sin lo cual vendríamos a parar en una terrible anarquía?

Todo, pues, contribuye a desimpresionaros de las falsas ideas, que sin el más leve apoyo en la razón han procurado infundiros los insurgentes de que este reino iba a ser entregado a los ingleses o franceses, con el objeto de inspiraros desconfianza al gobierno, y prepararos para que seáis instrumentos de sus maquinaciones. No tendréis ya disculpa si os prestáis a la seducción a vista de tanto desengaño; si hasta aquí se os ha podido mirar como instrumentos inocentes de la maldad, ahora cuando tantos motivos tenéis para conocerla, seréis criminales si la seguís y os hacéis acreedores a que el duro brazo de la justicia descargue sobre vosotros los golpes más terribles.

Y para que nada falte de cuanto pueda contribuir a desterrar vuestros errores, y a fijar vuestras opiniones sobre las intenciones del gobierno supremo; sabed que aquellas son defender hasta el último extremo todas las partes de la monarquía española, así de los franceses como de cualquiera otra nación mientras haya un solo español que pueda llevar las armas, y que no hará pacto ni entablará negociación sin el preciso requisito de la integridad de todas sus posesiones; y yo como encargado del mando de este importante reino, debiendo ser fiel a mi honor y a mis principios, y corresponder a la confianza que de mí ha hecho el Supremo Consejo de Regencia, os prometo no perdonar fatiga, ni evitar sacrificio que pueda contribuir al desempeño de mis sagradas obligaciones, y para ello después de procurar deshacer y aniquilar esa cuadrilla de bandidos que infestan algunas provincias, y llenan de amargura y sentimiento a todos los hombres de bien amantes del orden y tranquilidad, me dedicaré con el mayor empeño y actividad a poner el reino en tan respetable estado de defensa, que nada tenga que temer de sus enemigos exteriores, sean cuales fueren los acontecimientos de la península y de la Europa.

A la vista tenéis españoles americanos un cuadro fiel de las intenciones del gobierno y mías. Si las creéis justas, apoyadlas con vuestros esfuerzos y gozad anticipadamente de

los importantes efectos que deben producir; y si por el contrario seducidos por falsas ideas, instigados por la malicia o guiados por la ignorancia las miráis como perniciosas temed la ira de Dios y el rigor de la justicia. Real palacio de México a 27 de octubre de 1810.—

Francisco Javier Venegas.

Impresos. Manifiesto que hace a la Nueva España su virrey el excelentísimo seor don Francisco Xavier Venegas. Se hallará en los puestos acostumbrados, al precio de 1 1/2 reales

Este interesante papel es uno de aquellos instrumentos más oportunos que deben asegurar la confianza de todos los habitantes de esta Nueva España, fijando la opinión pública que ha tenido la osadía de extraviar temerariamente el cura Hidalgo, divulgando por sí y por medio de sus agentes, la infundada y alarmadora voz de que el gobierno actual aspiraba a entregar estos países a las naciones francesa o inglesa. El cura Hidalgo ha abusado con estos medios inicuos, de las virtudes características de los españoles americanos, arrastrándolos por estas opiniones, al precipicio más horroroso que ha inundado de amargura este dichoso país, donde sólo moraba la paz y la tranquilidad al lado de las virtudes más dulces y sencillas que han sido siempre el adorno de los americanos.

Nuestro benemérito jefe que en el día debemos considerar como un don mandado por la Providencia Divina, para proteger la justa causa con sus virtudes y conocimientos militares, y guiar la conducta de los hombres de bien que tan decididamente se oponen al torrente de la iniquidad, demuestra en su manifiesto la impolítica y torpe ignorancia que incluye esa impostura tan vil y tan distante de los principios de la razón, de la moral y aún del interés privado de una nación que después de tan enormes fatigas y desastres, está comprando con su propia sangre la independencia y libertad sagrada de los españoles de

uno y otro mundo.

Su excelencia en un asunto de tanta importancia, trata de fijar la opinión pública, sin apoyarse en otros principios que en los que dicta la incontrastable verdad que ha sido siempre el carácter del sincero honor de los españoles, a quienes sólo la sospecha e idea vaga de tamaña impostura les llenaría de rubor, y cuya conducta estamos decididos a sincerar en esta parte todos los que tenemos la gloria de mirar en nuestras venas la ilustre sangre de los Corteses y Pizarros; y todos los que sabemos apreciar el heroísmo de una nación que ha de ser siempre honrada, siempre fiel, siempre virtuosa aun entre las mismas ruinas de su destrucción.

El cura Hidalgo, ese aborto fatal de la irreligión y de la incredulidad, que tan feamente ha tizado la conducta de nuestros paisanos, ese es quien nos va a vender a la dominación de hierro, a la dominación infernal de los Napoleones. No son otros sus proyectos, desengañémonos; las monedas de los Bonapartes que ellos han introducido y se han encontrado en Querétaro, las cifras francesas, los planes, apuntes para proclamas, y otros datos semejantes nos están gritando al oído, que los designios de Hidalgo y sus satélites alucinados, vienen de la Francia; han descorrido el velo a la impostura e indispensablemente arman nuestro brazo para volar a los campos del honor y de la fidelidad americana, para contener ese torrente de iniquidad, oponerle nuestra virtud y nuestra constancia, y encadenar con nuestras religiosas resoluciones al demonio de la rebelión, que inunda ya con su veneno nuestros campos y ciudades. ¡Ah! ¡Desaparecieron de nuestros ojos aquellos días dichosos de paz y tranquilidad! Pero hagamos que se sustituya en nuestros pechos el fuego sagrado de la justicia; sostengamos sus derechos, y coronaremos nuestras frentes con el laurel inmortal de la virtud.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602